

## Parte de un artículo del Senador Fernandez Huidobro.

Veamos lo sucedido ahora con la energía nuclear: nos han inculcado hasta nuestros días que, independientemente de la opinión acerca de su conveniencia "ecológica", se trata de plantas tan grandes que están fuera del alcance de Uruguay por la inversión que requieren, el tamaño (capaces de generar más de mil megavatios), la demora en construirlas, los técnicos necesarios para manejarlas y mantenerlas, la enorme cantidad de residuos tóxicos que dejan y encima, porque superan nuestras necesidades energéticas: en suma, son para países centrales y además grandes. Se nos llegó a decir que el tamaño está implícito en la energía nuclear y que por ello era imposible una planta pequeña.

Pues bien: así era en 1945. Desde hace décadas eso es ignorancia. Repetirlo hoy es disparate. Uruguay carece de científicos y técnicos asesores en el pleno sentido de la palabra.

Porque hace ya mucho que países como India han desarrollado plantas de mediano porte (generan menos de mil megavatios). Y que la ONU apoya proyectos internacionales, en especial para países pobres, tanto para producir el combustible como aun plantas de menor tamaño.

A pocos kilómetros de esta contratapa, en Porto Alegre, vienen trabajando pública y febrilmente en ello sin que nos hayamos enterado (como no nos enteramos en veinte años de que los brasileños además de jugar al fútbol le metían alcohol vegetal a las naftas).

La otra mil y una noche, trajeron a Uruguay, mediante colecta particular, la lámpara de Aladino de la que salió un genio persa, munido de pesado "currículo": el profesor de ingeniería nuclear Farhang Sefidvash a explicarnos qué es y cómo funciona el llamado "reactor del pueblo", que genera nada más que cuarenta megavatios (como los tragones motores de avión que recién pusimos en Punta del Tigre) y mide dos metros de ancho por seis de alto. Se ensambla en cualquier lado con partes ya existentes, disponibles, comprables y hartas probadas en esa ya vieja industria.

Su "pila" de combustible dura diez años, es intercambiable, y en lugar de residuos genera productos utilizables en la industria, el agro, la ciencia y la medicina (que hoy importamos y deberemos seguir importando crecientemente, a alto costo, para tales menesteres). Como el sistema Linux, carece de dueño (es internacional en el pleno sentido de la palabra) y Uruguay puede ingresar ya, si lo quiere y sin costo, en su estudio y construcción para formar a sus técnicos y lograr puestos de trabajo calificados.

Lo que inventó el genio iraní fue sustituir las pesadas, peligrosas y largas barras de sustancia radioactiva de los generadores "al uso", de difícil manejo y cuantiosos residuos, por unas bolitas de tamaño y forma parecidas a las que usan los niños. Por eso son muy maleables y utilizables después.

Y además inventó suspenderlas (como en muchos curiosos juegos) en el "chorro" (como el de una fuente) de agua a presión que, a la vez, funciona como refrigerante. Sólo cuando las bolitas están así sostenidas se produce la reacción nuclear. Si la presión del agua disminuye, sea por lo que sea, las bolitas caen a un embudo y un "almacén", cesando al instante la reacción que, como todos sabemos desde que lo demostró Paul Newman en las películas de la bomba atómica, se produce increíblemente nada más que por razones de posiciones geométricas. Mientras exista la ley de gravedad este reactor es el único que se apaga sin necesidad de gente, sensores, válvulas, ni mandos electrónicos o mecánicos. Posee lo que en su jerga se llama "seguridad inherente" o "pasiva".

Parece, como todos los grandes inventos de la humanidad, una pavada como la del huevo de Colón.

Lo trajeron por colecta privada y lo atendimos en un teatro pequeñito de la Plaza Cagancha, que además está en el subsuelo, por no decir el sótano.

Estamos dando lástima. \*

*(\*) Senador nacional; escritor.*